



SEÑORA

CONCEPCION LOMBARDO DE MIRAMON.

LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

CAPÍTULO CUARTO.

La familia Miramón.—Su casa en Roma.—Fiestas en obsequio de los peregrinos.—El Colegio Pío Latino Americano.—La comida en el Colegio.—Banquete ofrecido por el Círculo de San Pedro.—Otra invitación en casa de la señora de Miramón.—Atenciones con los peregrinos pobres.

Más de una ocasión hemos tenido de mencionar en esta historia á la señora Doña Concepción Lombardo de Miramón, y aun tendremos motivo para hablar acerca de ella complaciéndonos poderlo hacer siempre con elogio de tan distinguida y apreciable compatriota. Desde que nos recibió en el paradero del ferrocarril no cesó de manifestarnos un cariñoso afecto á todos y á cada uno. Amable, solícita, servicial y obsequiosa con los mexicanos, lo mismo con los que acababa de conocer que con los que había tratado anteriormente, prodigaba atenciones, ofrecía y prestaba sus servicios á cuantos podían necesitarlos y colmaba de finezas y obsequiaba de mil modos á cuantos se le acercaban. Era verdaderamente una hermana cariñosa que gozaba con ver y tratar á sus hermanos y se complacía en servirles y regalarles. Seguramente no hubo un solo peregrino que no hubiese recibido más de una demostración de afecto de la estimable dama, y no habrá alguno de los romeros mexicanos que no tenga de ella un agradable recuerdo. Su simpática y apreciable hija la señorita Guadalupe secundábala admirablemente, y ambas se hicieron acreedoras al cariño y á la gratitud de todos. Por lo que á nosotros en lo individual toca, nunca

olvidaremos las grandes y repetidas finezas que á ambas debimos, y siempre las recordaremos con placer y con agradecimiento.

Decíamos en el capítulo anterior que la respetable matrona había invitado á un gran número de los peregrinos á una reunión en su casa. Diremos ahora que esa elegante y espléndida fiesta tuvo lugar en la noche del 17 de Mayo, y no omitiremos referir acerca de ella algunos detalles que bien merecen quedar consignados aquí. Todo lo que ceda en honra de la Peregrinación y de sus individuos debe ocupar nuestra pluma, y es justo además que honremos con merecidos elogios á las estimables compatriotas que tanto empeño pusieron en honrar á los mexicanos en el extranjero.

La familia Miramón habita en una elegante casa de la calle *I due Macelli*, piso principal. Ya se sabe que en Europa, con excepción de los grandes palacios, todas las casas están divididas en departamentos, cuya categoría disminuye en proporción de la mayor altura de los pisos. La habitación en que vamos á introducir al lector no es precisamente lujosa, pero está decorada con buen gusto y amueblada con decencia. En las recepciones de la señora Miramón los salones se iluminan profusamente; una servidumbre vestida con elegancia hace el servicio, y en todo se nota cierto aire de buen tono que da muy ventajosa idea de la distinción y cortesanía de las personas que allí reciben.

Dos fiestas en realidad fueron las que preparó nuestra querida compatriota para obsequiar á sus paisanos; una comida á la cual invitó al Sr. Obispo y á muchos eclesiásticos, y una *soirée* para cierto número de mexicanos seculares. A las seis de la tarde se hallaban reunidos los primeros invitados. Sirvióse una espléndida mesa, en la cual los exquisitos manjares y los deliciosos vinos, mezclados con la sabrosa conversación y algunos oportunos brindis, hicieron gozar de un rato delicioso á las personas que concurrieron.

A las nueve de la noche, cuando ya los primeros convidados habían levantádose de la mesa, comenzaron á llegar los segundos. La familia Miramón quiso presentar á sus com-

patriotas con las personas de más distinción que forman el círculo de las relaciones de la casa, y las invitó para esta agradable fiesta. Pocos minutos después de las nueve, los salones se hallaban henchidos de señoras, señoritas y caballeros de la buena sociedad romana, de algunos extranjeros y de los mexicanos invitados. El salón principal ostentaba en el lugar de honor un vistoso trofeo con banderas tricolor y en el centro el retrato del ilustre General Miramón. Escogidas piezas de canto y de música ejecutadas por excelentes artistas, un *buffet* servido á la perfección con exquisitos comestibles y riquísimos vinos, atenciones esmeradas de sociedad, formaron el encanto de aquella fiesta que muy á gusto de los concurrentes se prolongó hasta bien avanzada la noche. La señora y su hija supieron multiplicarse para hacer cumplidamente los honores en general é individualmente á sus invitados, y no hubo uno que saliera descontento.

Como á la reunión anterior no fué posible á la señora invitar á todos los romeros, porque no habría podido contenerlos la casa, aunque tiene bastante capacidad, hizo otra invitación á un desayuno á los que no concurrieron á la comida y á la *soirée*, y los obsequió esmeradamente y les prodigó sus acostumbradas atenciones, dejando á todos satisfechos y agradecidos.

Separadamente hizo otras invitaciones con las cuales distinguió á determinados individuos. Nosotros fuimos favorecidos con algunas de ellas, señaladamente con una muy buena comida á que se sirvió invitarnos en compañía de otras personas el domingo inmediato.

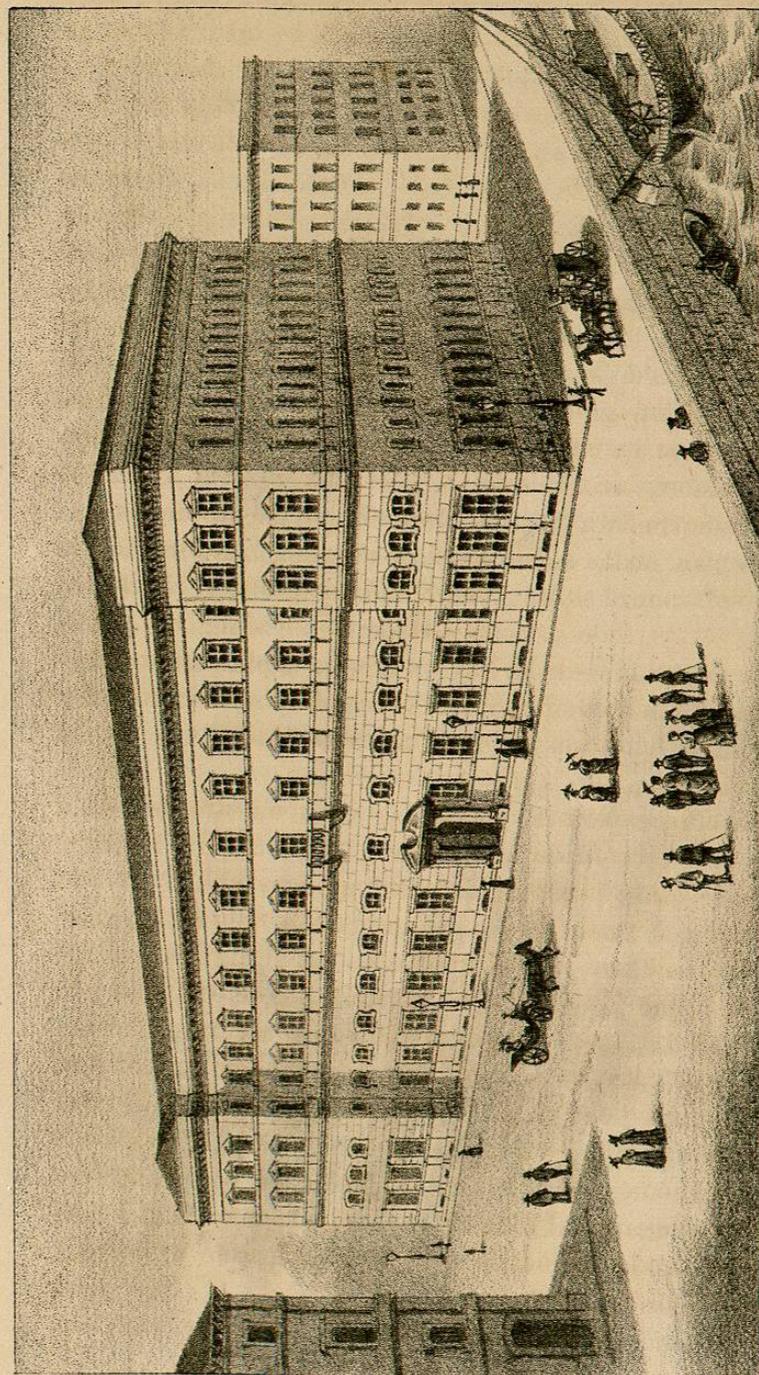
Hay en Roma un gran Colegio fundado por Pío IX á iniciativa del inolvidable sacerdote D. Ignacio Víctor Eyzaguirre, destinado exclusivamente para formar eclesiásticos distinguidos de los alumnos de los seminarios de la América latina. Este colegio encierra un centenar de jóvenes sudamericanos y mexicanos y está dirigido por sacerdotes de la Compañía de Jesús. Debido á esta hábil dirección y á la decidida protección que le imparte la Santa Sede, el Colegio Pío Latino Americano, que así se llama, es uno de los me-

jores de Roma y actualmente se halla en un grado de prosperidad admirable. Recientemente ha sido instalado en un soberbio y amplísimo edificio que se levantó desde cimientos en un sitio de la ciudad que se conoce con el nombre de *Prati di Castello*. La estampa que agregamos da buena idea de la gran apariencia exterior de la casa. En el interior es un verdadero palacio, y está distribuido convenientemente en tres pisos, y contiene en su recinto las oficinas y departamentos que demanda su institución. La capilla, que se estrenó en los días de nuestra permanencia en Roma, es un templo de gran capacidad, de tres naves, decorado con elegancia y buen gusto; llamando la atención de los mexicanos que en la pared del fondo, arriba del tabernáculo, se ve un hermoso fresco que representa el milagro de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe. El pavimento de los ambulatorios y de las escaleras es de mármol. Los dormitorios, dispuestos por el sistema celular son magníficos; el refectorio, las clases, todo se halla perfectamente arreglado. En el primer piso á la derecha hay un amplio departamento destinado para hospedería de los señores obispos de la América latina, con hermosas habitaciones amuebladas con mucha decencia.

El Rector, superiores y alumnos desde nuestra llegada á Roma nos llenaron de atenciones; el Sr. Obispo y los eclesiásticos de mayor categoría fueron alojados allí.

La Dirección del Colegio dispuso en obsequio de los peregrinos una fiesta á la cual fuimos invitados algunos para el domingo 20 de Mayo. Gratos recuerdos nos dejó aquella reunión íntima en que gozamos la dulce satisfacción que se experimenta en el extranjero al verse rodeados de compatriotas, y los alumnos del Colegio Pío Latino lo son todos, porque los sud-americanos con quienes tenemos la identidad de origen, de idioma y de creencias religiosas, no podemos reputarlos extranjeros, mayormente cuando se hallan en una casa que está bajo el patrocinio de nuestra adorable protectora la Virgen de Guadalupe.

A las doce en punto fuimos llamados al refectorio. Había-



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

COLEGIO PIO LATINO AMERICANO.

mos un grupo como de doce peregrinos. El Illmo. Sr. Portillo, los individuos de la Comisión organizadora, los señores Lara, Abarca, Treviño, Icaza, Ortega, Moreno y algunos otros que no recordamos. Entrando en el comedor fuimos colocados el Sr. Obispo en el asiento de la presidencia y los demás entre los profesores del Colegio. El servicio de manjares fué espléndido, los vinos de lo mejor. A la hora conveniente principiaron á brindar los alumnos con notable despejo en varios idiomas: se brindó en español, en latín, en italiano, en portugués; oímos muy buenas y sentidas composiciones en honra nuestra; deleitamos el oído con bonitas piezas en verso que se leyeron por algunos jóvenes. Al fin el Padre Rector hizo oír su elocuente voz en una elegante alocución, que nos agradó y le aplaudimos muchísimo. El Sr. Obispo contestó en nombre de los mexicanos, dando las más expresivas gracias al Colegio por la buena acogida que nos hiciera y por las bondadosas manifestaciones de simpatía de que estábamos siendo objeto.

Más de tres horas permanecimos en la mesa, de la cual nos levantamos contentísimos, y hasta muy cerca de las cinco de la tarde salimos de la casa; teniendo el gusto de haber estrechado una vez más los vínculos de simpatía que nos ligaban desde antes con aquel importante establecimiento.

Existe en Roma una asociación honorable de jóvenes católicos, que se denomina "Círculo de San Pedro;" esta quiso honrar á las peregrinaciones que se hallaban á la sazón en la Ciudad Eterna invitando á sus jefes á un opíparo banquete en el gran salón llamado de la Minerva en el hotel de este nombre. La invitación fué para la noche del mismo Domingo 20 de Mayo y comprendió á los presidentes de las comisiones más caracterizadas de las peregrinaciones alemana, mexicana, africana y maltesa. Los invitados, entre los que se hallaban Monseñor Barberini y el conde Camilo Pecci, fueron en número de cuarenta. Los elegidos entre los mexicanos eran el Sr. Obispo, y los señores Lara, Abarca é Ibarra. Asistió también nuestro cónsul Angelini.

El salón de la Minerva es uno de los comedores más es-

paciosos y mejor decorados que hay en la capital del mundo católico. Una gran mesa adornada con el mejor gusto y dispuesta conforme á las reglas de la más cumplida etiqueta vió reunidos á su derredor á los representantes de cuatro naciones, bajo la presidencia de Monseñor Barberini, miembro de una de las familias más nobles y distinguidas de Roma. Excusado es decir que los manjares fueron deliciosos y los vinos exquisitos, que los anfitriones hicieron los honores admirablemente, y el servicio nada dejó que desear. Grande fué la animación que reinó, y se dijeron muchos y muy entusiastas brindis. De nuestros compatriotas hicieron uso de la palabra el Sr. Portillo y el Sr. Ibarra, para corresponder á las atenciones con que fueron tratados los mexicanos y á las manifestaciones de simpatía de que fué objeto nuestra Peregrinación y nuestra Patria en los diversos brindis que habían precedido. Júzguese cuán grato sería para los que allí estuvieron, verse reunidas personas de tres partes del mundo, de diferentes razas y costumbres, uniéndose en un solo sentimiento, y fraternizando en una reunión de familia los que de comarcas tan distantes entre sí habían ido á Roma á saludar al Padre común. Si alguna vez se ha visto realizado el bello *desiderátum* de la fraternidad universal, ha sido en estas reuniones habidas en la Capital del mundo con motivo del grande acontecimiento que llevó allí á individuos de la Comunión católica procedentes de todas las naciones del Globo. Y esta fraternidad de la Religión, que es más cordial y sincera que la del idioma, que la de la raza, que la de la nacionalidad; solamente comparable á la de la sangre, con la cual tiene mucha semejanza y grande afinidad; supuesto que los hijos de un mismo padre, siempre serán hermanos, ora se trate de la paternidad natural, ora de la espiritual.

En esta misma noche se tenía otra reunión semejante, aunque mucho más reducida en número, en casa de la familia Miramón. La señora quiso favorecer con sus atenciones á otro grupo de peregrinos, entre los cuales tuvimos el placer de contarnos, invitándonos á una espléndida comida. Unos

ocho mexicanos asistimos á la mesa, y terminada esta nos encontramos los salones ocupados por personas de varias nacionalidades, que eran recibidas por la familia en esa noche, para dar brillo á la fiesta preparada exclusivamente en obsequio nuestro. Francia, España, Rusia é Italia se hallaban allí representadas. La señora de Miramón y su apreciable hija hicieron los honores como saben, y pasamos el tiempo sin sentirlo hasta muy avanzada la noche. A las dos de la mañana salimos de la casa, y no éramos de los últimos que abandonaban tan agradable reunión.

No omitiremos mencionar antes de cerrar este capítulo las especiales atenciones de la estimable familia Miramón para con los peregrinos pobres que se hallaban alojados en San Juan de Letrán. Visitábalos con frecuencia, los acompañaba á muchas de sus excursiones, les proporcionaba todos los auxilios de que necesitaban y asistía personalmente en sus enfermedades á los pocos que sufrieron algunos accidentes en la salud. Nos complacía en extremo ver á las dos distinguidas damas rodeadas de un grupo numeroso de ancianos y de pobres mujeres, sirviéndoles de *cicerone* y de guía, y acompañándoles á las casas de cambio y á las tiendas para que se proveyeran de moneda corriente y comprasen pequeñas bagatelas.

Tendríamos que llenar muchas páginas si refiriésemos detalladamente todo lo que la señora de Miramón y su apreciable hija hicieron en obsequio de los peregrinos desde nuestra llegada hasta el momento de embarcarnos en Nápoles.